

JESÚS URCELOY

# MATAR EN CASA

Y OTROS CUENTOS  
FORMIDABLES

  
CASA DE CARTÓN

tres resas  
amarillas

  
editorial



# MATAR EN CASA

Y OTROS CUENTOS FORMIDABLES



Jesús Urceloy

**MATAR EN CASA**  
**Y OTROS CUENTOS FORMIDABLES**



© Jesús Urceloy, 2012  
© Imagen de la cubierta: Sabah Al-Basri Salman  
© Editorial Casa de Cartón S. L., 2012  
© Editorial Tres rosas amarillas, 2012

Editorial Casa de Cartón  
editorial@casadcarton.es  
www.casadcarton.es

Editorial Tres rosas amarillas  
info@tresrosasamarillas.com  
www.editorialtresrosasamarillas.com

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Mayo 2012

ISBN: 978-84-938892-6-5  
Depósito Legal: M-17512-2012

Printed in Spain  
Imprenta Prin House

Para Víctor García Antón





# Índice

Pingüinos.....	11
Matar en casa .....	15
La tele.....	19
La familia .....	21
La Brigada Ligerá .....	25
El triángulo.....	29
El tío Felipe.....	33
El maltratador.....	37
El banco de los tomates.....	43
Días de metro .....	51
Besugo por Navidad.....	55
Por tres hostias .....	59
Las locas aventuras del gato de Cheshire .....	63
En esas estábamos .....	67
La última ronda .....	69
Notas y agradecimientos.....	77



## Pingüinos

Mi mujer no cree que yo no sea un pingüino. Se limita a mirarme con sorna, se encoge de hombros y sigue a lo suyo.

—Pues ya me dirás qué eres.

—Soy una persona. Una persona como Dios manda.

—No metas a Dios en esto, que no tiene nada que ver. A ti lo que te pasa es que te has aburrido de mí y no sabes cómo decirlo. Anda, acércate al fiordo de la esquina y trae algo de pescado.

Yo me acuerdo de cuando era marinero y pescábamos el bacalao en los mares del norte. Un día, mientras miraba un montón de pingüinos, el barco se hundió cerca de las rocas de la costa y yo, que tengo la desgracia de saber nadar, me salvé. En el puerto ya me lo advirtió el práctico:

—Mala cosa es esa, rapaz. Mejor es irse al fondo enseguida, se ahorra uno muchos sufrimientos.

Nada más llegar a la playa tenía un frío enorme, tanto que pensé que sería mejor volver, pero el instinto es muy traidor e igual me ponía otra vez a patalear. Yo no quería ser pingüino, pero hacía un frío del carajo. Así que a fuerza de imitarlos, dando pasitos cortos, encogiéndome y dándome palmaditas en los muslos logré, poco a poco, introducirme en la manada.

—A ver. ¿Qué pescado traes?

—Pues el que había, mujer.

—Mira que esta noche vienen a cenar tus primos.

—Esos comen lo que sea.

—En eso llevas razón. Anda trae.

El grupo de pingüinos que me acogió cuando naufragué me adoptó desde el primer momento, se arremolinaron junto

a mí y me dieron mucho calor y mucho gusto. Allí, con ellos, aprendí pronto el idioma y las costumbres, que en el fondo son sencillas y se parecen mucho a las nuestras y a poco ya me consideraban como uno más. O casi.

—Este no es de los nuestros —dijo un día uno que siempre andaba dando vueltas a ver lo que se cocía—. Se ha pegado plumas al cuerpo con grasa, nunca se mete en el agua y tiene el pico mal desarrollado.

—Bueno —respondió el de más edad—, pero cuando se pone de pie es tres veces más alto que cualquiera. Además, infunde mucho respeto entre los leones marinos y otras alimañas.

—Además —añadió uno que era muy joven y que se dejaba mucho frotar conmigo—, igual si sigues con esas te van a caer tres hostias como tres soles.

El que siempre andaba dando vueltas a ver qué se cocía dijo que no había que ponerse así por una diferencia de criterio, y que si nos íbamos a liar a bofetadas por esa minucia que mejor apaga y vámonos. Se sacó un arenque de debajo del ala y nos invitó, pero no le hicimos caso.

Desde entonces nadie volvió a dudar de mí, y cuando nos atacaba un oso o intentaba acercarse un león marino, yo me limitaba a ponerme de pie y a gritar y a hacer muchos aspavientos con las alas. Tendríais que ver el susto que se pegaba el oso, o el león, y cómo frenaba en seco y reculaba. Entonces recordaba algunas de las palabras que me enseñó mi abuelo, que era muy asturiano, y gritando las repetía: «¡Vaques, Ribadesella, Probe, Gamoneo, Frixón!». Y el león, o el oso, se daba la vuelta y no volvía más. Fueron tiempos de mucha armonía.

Lo malo es que ahora me ha dado por recordar lo del barco, lo de mi abuelo y lo de que soy persona. Y entonces me separo del grupo y me pongo muy triste a mirar al mar desde las rocas y los acantilados, sin importarme que venga una orca y me devore, porque las orcas no se asustan de nada, ni aunque saltes a la pata coja o les grites en francés.

—Te lo juro, soy una persona —le digo a mi mujer.

—Vamos a dejarlo, que no quiero que me des la noche —me contesta.

—Si yo no quiero darte ningún disgusto, solo es que...

—Mira esos pingüinitos —me interrumpe señalando hacia la nieve—. ¡Ahora me vas a decir que no son tuyos! ¡Desgraciado! Y se pone a llorar.

Y a mí me da también una tristeza enorme y le doy un abrazo grande y le digo, mirando a las rocas, lo de siempre, que ya se me irá pasando.



## Matar en casa

Papá nunca mató bien. En eso siempre estuvimos de acuerdo. ¡Cuántas veces, de niños, le vimos llegar a casa llorando de lo mal que había matado ese día! ¡Cuántas veces mamá le acunaba en su regazo y le acariciaba los cabellos! Otra vez será, otra vez será, le decía y con un gesto nos mandaba a los niños a jugar fuera. ¡Lo que tuvieron que soportar mamá y el tío Mario, los pobres!

No puede negarse que papá pusiera empeño y que en el porte y en el vestido tuviera sus elegancias. Hay que reconocer que manejaba bien los instrumentos de tortura y que en el látigo era un maestro. Daba gusto verle en situación, sajando jubones y corpiños de un solo tajo, enseñando a la luz las espaldas desnudas. Con qué fingido desvalimiento mojaba el látigo en el cubo de aceite, con qué pulcritud. Como si de un paso de danza se tratase, echaba un pie atrás y con un preciso giro de torso lanzaba al aire brazo y látigo. La plaza quedaba un instante en suspenso y de súbito, exacto, milimétrico, el cordaje imprimía sus letras en un ajustadísimo golpe de sonoridad aguda. El reo exclamaba un «¡ahhh!» que envolvía con repetidos ecos edificios y corralas para dejar paso, un segundo después, a un «¡ohhh!» entusiasta de la plebe. ¡Cuántas veces papá fue solicitado en palacios y castillos, sobre todo en horario nocturno, por rendidos admiradores de ambos sexos! Pero en el hacha y la espada, en el cuchillo y el estilete, lo que en el tío Mario era rapidez y destreza, en papá todo eran errores y anarquías.

El tío Mario había sido la admiración del reino. Hasta venían del extranjero a verle manejar el hacha cuando se corta-

ban cabezas o el estilete en caso de lenguas, orejas o narices. ¡Qué mañoso y pulcro era! ¡Qué estilo en la flexión de los músculos, qué elevación en las manos, qué giros precisos en las muñecas!

Pero papá no aprendió nunca y, una tarde de junio, mientras jugábamos en el portal, apareció el tío Mario con una bolsa grande y otra pequeña.

—¿Y vuestra madre? —dijo.

—Aquí estoy —contestó mamá—, en la cocina, cortando unas lechugas. Pasa.

—Que vengan también los niños.

El tío Mario dejó la bolsa grande en la pila y le dio a mamá la pequeña.

—Es todo lo que he podido sacar. Y no ha sido fácil.

—Si ya lo veía venir —dijo mamá mientras apretaba la bolsa entre sus manos.

Papá esa tarde cortaba en palacio. El Gran Duque de Bohemia, su mujer y el mayordomo, todos acusados de conspiración. Una terna para lucirse, sobre todo sabiendo que el rey asistiría. Pero no hubo manera. Así que tuvieron que llamar al tío Mario. Cuando se presentó todo eran damas desvanecidas y caballeros con la color mudada.

—Pero, ¡qué estás haciendo, desgraciado!

Un muestrario de cuerpos descuartizados rodeaba a mi padre. El Gran Duque de Bohemia, que ocupaba el último turno, tras el cuarto tajo fallido, sacaba fuerzas y entereza para indicar con el dedo el lugar preciso de su propia nuca donde debía caer el golpe definitivo.

—Anda, dame la espada.

Los primeros problemas los dio el mayordomo, hombre de recia arboladura, al que hizo falta sajar la cabeza con cuchillo pues no había logrado desprenderse del cuerpo al primer hachazo. Ahí se oyeron los primeros silbidos. La cosa sin embargo se torció con la duquesa, que había solicitado espada. No habiéndose decidido si esperar de rodillas o sentada sobre los talones, optó por esto último en el último instante, cuando ya el filo definitivo corría paralelo al suelo. Solo diré que el corte fue preciso aunque no exacto, la peluca de la dama voló algunos metros y ella, sin parte del occipital, que fue a caer en las faldas de la Baronesa de L'Omelette causando grande



espanto, se levantó perdida la razón en busca de su bisoné. Al cabo hubo de ser terminada a corrillo entre el público a fuerza de picas, dada su comprensible negativa a volver al cadalso.

Esto acabó por desquiciar a papá. El Duque dijo que aquello no era serio y que «o se concluía el acto de inmediato o que él se iba a su casa y allá ellos se entendieran». La reina sugirió llamar al tío Mario, que aunque emérito, aún podría solventar el festejo y dejar en alto los oficios, en cuanto a ejecuciones se refiere, de la corona.

—Un holocausto, niños, aquello era un infierno —repetía el tío Mario en la cocina—. Yo hice lo que pude. Y menos mal que me han pagado.

—¿Y papá? —pregunté yo.

Mamá miró a la bolsa grande que yacía en el fregadero, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro lento, muy lento. El tío Mario, sentado en la mesa de la cocina, con la cabeza de mamá apoyada en su hombro, mecía con ternura sus largos cabellos rojos.



## La tele

El señor Matías se cayó de la escalera y se mató. Así de sencillo. Se subió a arreglar nosequé de la antena y se mató.

—Déjalo —le había dicho doña Marta, su señora—, si la tele se ve bien.

—¡Cómo se va a ver bien con esa nube que se ha puesto! Cojo las herramientas y subo. Seguro que es la caja del conmutador.

La señora Marta y el señor Matías estaban casados hacía mucho. Llevaban en la casa desde toda la vida. Por las tardes les gustaba ponerse a ver los toros en la televisión.

—Mira que se lo dije a Rufino —rezongaba don Matías—. Lo barato es caro, lo barato es caro. Que una antena es para siempre. Y él ni caso. Es un pelanas.

—Pues bien que le apoyaste para presidente.

—Eso no tiene nada que ver. Rufino hace bien las cuentas y es un buen compañero de mus.

—Mucho mus, mucho mus —musitaba doña Marta—, y aquí, sin poder ver los toros.

—Pero no decías...

—Yo no digo nada. Y ten cuidado, no te vayas a matar.

—Descuida.

Como no se terminaba de ver bien los toros y había mucho que hacer, la señora Marta se fue a tender la lavadora. Estaba sacando del tambor el mantel a cuadros de las comidas cuando le pareció ver a su marido en el pasillo.

—¿Ya estás de vuelta? Pues pronto terminaste.

—Sí, pronto acabé. Muy pronto.

—¿Y se ve ya todo bien?

—Sí, todo muy bien. Como nunca.

La señora Marta dejó la ropa en el canasto de mimbre, se subió al escalón de madera que, para alcanzar los alféizares, le hizo don Matías hacía años y se puso a tender la ropa desde la ventana de la cocina.

—Algo ha debido pasar —dijo, mientras sujetaba con una pinza a la cuerda los calcetines negros de su marido—. Hay mucha gente en la acera. Y uno como desmayado. Será un pobre. Con este calor y con tanta crisis... Anda, llama al Rufino y bajaos a ver. Luego os saco unas cervezas y me lo contáis.

La señora Marta se quedó un rato a la ventana, a ver si veía salir a su marido por el portal. Quién les mandaba a ellos vivir en el ático. Desde allí se pierde toda la perspectiva. No lo veía bien. No señor. Y el bobo de Rufino y su marido sin salir, y allí abajo no hacía más que llegar gente.

Cansada de esperar se bajó del escalón de madera y se sentó en la mesa camilla de la sala de estar, a pelar judías verdes para la cena. La tele se veía ahora la mar de bien.

## La familia

Cuando echamos de casa a papá me dio mucha pena porque era muy simpático. Si lo hubiéramos pensado mejor no le hubiéramos dado tanta importancia a lo de la bandurria, pero mamá se puso en jarras en el pasillo y no dejó de resoplar hasta que papá se fue con la maleta vieja de cartón bajo el brazo. Mamá, más tarde, se puso a llorar, luego se enjugó las lágrimas, puso cara de pensarlo mejor y nos dijo algo que yo nunca entendí del todo.

—Uno menos para comer y un plato más para la cena.

A papá le gustaban tres cosas: llevar de paseo a mamá los domingos por la mañana, ver al Atlético por la tele y que le vieran los vecinos lavando el coche. Los días de diario se iba a la oficina pronto y volvía para la cena, cuando mis hermanos y yo nos habíamos acostado. Después pasaba a nuestro cuarto y nos besaba en la mejilla y, a mí, que soy el menor, me tapaba con la manta, aunque ya estuviese bien arropado. Los sábados salía a la una y comíamos todos juntos, unas veces lentejas con arroz y chorizo, y otras, paella con pollo, que a mamá le salían muy bien. Papá nos mandaba que fuéramos a la bodega del Mendoza a por una casera y un litro de clarete y, luego, en la comida, nos echaba en el vaso de la gaseosa un poco de vino, para darle color y porque eso no le hacía daño a nadie. Yo nunca vi que pegase a mamá, como hacían otros padres del barrio y, cuando tenían que discutir, que eran los fines de semana a la hora de la siesta, nos lo decían y todo.

—Niños, a la calle, que tenemos que discutir.

—Pero es que está lloviendo.

—Bueno, pues jugáis en el portal. Pero no hagáis mucho ruido que la señora Hortensia se enfada.

La señora Hortensia, que habitaba el bajo, no discutía nunca porque vivía sola con su perro. Y cuando llovía y los niños gritábamos en el portal, abría una rendija de la puerta y nos decía que nos lo iba a echar. Entonces nos asustábamos y subíamos a casa y mamá nos abría con el pelo alborotado y papá poniéndose la camisa por haberles interrumpido en la discusión.

—Tienes que hacer algo, Paco. Esto no puede seguir así.

—Hablaré con el presidente.

—Ese es un pelanas, Paco. Mejor baja tú.

El presidente se llamaba Higinio y era capitán de barco, o parecido. Trabajaba en el Retiro conduciendo la lancha grande a motor que daba vueltas al lago. Algunos domingos papá nos llevaba a toda la familia y montábamos gratis.

—Fulgencio —le decía el señor Higinio al cobrador—, a estos no les cobres.

—Hombre —protestaba mi padre—, a todos no.

—Bueno. Que pasen gratis los niños.

Luego se ajustaba la gorra de plato blanca y con una insignia en oro, soltaba amarras y desde el puente de mando decía «Vamos allá» y comenzaba la vuelta. El barco tenía unos bancos corridos de madera donde la gente se sentaba y comía pipas y cacahuetes y hablaban y se reían. A los niños lo que más nos gustaba era meter la mano en el agua, apoyados en la borda, y sentir el ligero balanceo y la velocidad del cascarón aquel. También nos gustaba echar bolitas de pan a los peces. Unos peces muy grandes que unos decían carpas y otros blasblás, y que salían del fondo sucio y enfangado. Entonces competíamos a ver quién veía al más gordo. El señor Higinio a veces se daba la vuelta y le guiñaba un ojo a mis padres y sonreía. En aquellos tiempos era muy fácil ser feliz.

Un día papá nos dijo que estábamos en crisis y que tendríamos que apretarnos el cinturón. Los niños al principio no lo entendimos porque usábamos siempre peto con hebillas, pero luego nos lo explicó mejor, y también dijo que como mamá no podía trabajar porque eso estaba muy mal visto, él se había buscado unas horas en un hogar de ancianos por las noches y algunos sábados por la tarde. Así fue que entre horas y horas

veíamos cada vez menos a papá, y llegó un momento en que mamá comenzó a discutir con él sin necesidad de mandarnos a jugar a la calle.

Realmente fue una época muy triste, sobre todo porque la crisis había venido en invierno y en la calle todo estaba oscuro. Después fueron desapareciendo cosas de casa, el televisor, unos sofás muy grandes que había en el salón, donde no entrábamos más que en Navidades, y la lavadora que estaba en el baño. La cosa llegó a su punto culminante cuando mamá no nos dejó quitarnos el abrigo en casa y cambiamos la catalítica a butano por un brasero bajo la mesa, donde nos juntábamos la tarde entera a hacer los deberes y mamá a coser, o a limpiar las lentejas.

Creo que echamos de casa a papá por lo de la bandurria. Según los meses pasaban, al tiempo que desaparecían cosas, también papá comenzó a pasar más tiempo en casa. Al final casi no salía de ella, ni siquiera para llevarnos a los niños al colegio. Se sentaba en una silla del salón muy de mañana, vestido con su pijama liso, sus zapatillas de borreguito a cuadros y una bufanda que le daba dos vueltas al cuello, y se ponía a tocar una bandurria que tenía guardada en el trastero desde cuando la mili. Le salían unas jotas muy tristes y a nosotros nos daba mucha pena porque parecía un pobre de esos de las puertas del mercado.

—No te dará vergüenza —le decía mi madre—. Siempre ahí sentao. No sirves para nada.

Pero papá callaba y bajaba la cabeza y se agarraba al mástil de la bandurria y nos miraba con una sonrisa llena de dolor.

Un día que mamá no vino a recogernos al colegio, porque tenía que hablar con el señor Higinio y tuvimos que volver nosotros solos a casa, fuimos testigos de la última discusión entre papá y mamá. Bueno, en realidad llegamos al final, porque mamá ya estaba con los brazos en jarras, en mitad del salón, y papá metía su bandurria rota en dos pedazos en la maleta. El señor Higinio se había ofrecido a llevar en el coche a papá y esperaba en la puerta.

Papá antes de irse nos dio un beso a los niños y a mí se me quedó mirando tanto tiempo que aún ahora, cuando vuelvo a casa por la noche, y voy al cuarto de los niños y los arropo y los beso, y voy al baño y me lavo la cara y me miro en el espejo, levanto los brazos y una pierna y tarareo una pequeña jota que siempre me sale mal.





## La Brigada Ligera

Eso de ir enculando al personal acaba creando conflictos. La gente anda cabreada y más si, como ejército de ocupación, pasas por encima de sus casas, les incendias el coche y les matas un hijo, por ejemplo. Algunos de La Brigada Ligera lo tenemos muy hablado: que no se debe joder al pueblo sin haber ganado la guerra. Que sería mejor esperar a ver qué pasa y luego ya se decidirá. Para eso somos un cuerpo especial. Pero Sánchez es de otra opinión:

—Yo al primer rubio que pase me lo enculo.

—Hombre, Sánchez, si habíamos dicho...

—¿Quién manda aquí?

—Tú.

—¡Tú qué!

—Tú, mi teniente.

—¡Pues eso, coño!

Y con esas maneras no hay quien se entienda. Cuando se saca la jerarquía no hay amistad que valga.

Sánchez es un buen tipo, hay que reconocerlo, y un mando competente. Desde que entramos en jarana ha cumplido como un jabato. ¿Qué hay que reconocer terreno? Ahí está él, el primerito. ¿Qué hay que cavar trincheras? Ya está sacando terrones. ¿Qué hay que exponerse un poco? Allá que te va, sin esperar a nadie, bailando las balas. Un ejemplo a seguir, un jefe de los de la antigua escuela. Con Sánchez da gusto matar.

Ahora que, para negociar no vale. Siempre le sale un punto cabrón que hace imposible el diálogo. Y ahí entra Gorostiza.

—Vamos a ver, ¿qué pasa ahora?

—Este señor, que se ha puesto farruco y dice nosequé de encularnos a todos.

—Claro, y en esas circunstancias ustedes no se rinden.

—Sí que nos rendimos, hombre, pero eso del enculamien-  
to...

¡Qué paciencia la de Gorostiza! Se coge a Sánchez del hombro y se lo lleva a un lado. Y ahí comienza la negociación. Al rato, tras unos gritos y algún disparo al aire, vuelve Gorostiza, con su sonrisilla cabrona. Siempre solo.

—¿Y entre los suyos no habrá alguno que...? Ya me entiende.

—Alguno hay.

—Pues nada, váyase tranquilo. Coja al menda ese, dele un bañito, me le pone calzoncillos limpios y nos lo envía en un par de horas. Del resto me encargo yo.

Luego ya se verá si se cumplen o no los pactos. Pero, al menos, de entrada, todos contentos. Y por la noche baile en el club de oficiales.

La Brigada Ligera somos un grupo de élite. Y para formar parte de ella solo se requiere un requisito: ser maricón. Pero mucho. No vale ser ni un homosexual de mierda ni un salido, que no es lo mismo. Aquí se viene a por todas.

Cuando la cosa de la guerra se estabiliza, cuando los de la legión han sido relevados por los regulares, cuando comienza el que ahora te mato yo, que ahora me matas tú, cuando pasan los meses y empezamos con el a ver quién se cansa antes, entonces a alguien del alto mando, un general, por ejemplo, se le hinchan los huevos y propone que actúe La Brigada Ligera.

—Pero, mi general...

—¡Nada! Lo que he dicho. ¡Ahora mismo La Brigada Ligera pal frente!

—Piense usted en los padres de los hijos del enemigo, piense en sus mujeres...

—¡Precisamente, joder!

Y allá que nos presentamos, con mucha pompa y boato, a la antigua, vestiditos de gala, marcando el paso, con los pífanos y los tambores y la banderita alta, que se vea bien la B mayúscula.

—¿Tú crees, Sánchez, que entenderán los símbolos?

—Bien pronto lo van a ver. ¡Gorostizaaaa...!

—Dime, Sánchez.

—¡Será mi teniente!

—¡Di, mi teniente!

—Que forme la tropa sobre las trincheras y que traigan a los prisioneros.

Casi puedo imaginarme la cara del enemigo. Ajustando los binoculares, sin dar crédito a lo que ven. ¡El Gran Guiñoll, ¡El Día del Enculamiento! Uno, y luego otro, sin dar preferencia a oficiales, a tropa, a rangos y subalternos. Todos iguales bajo una misma ley. Y unos que se resisten y otros que se resignan. Y otros que gritan como si estuvieran en el trance de parir.

Al final siempre dejamos libre al más joven, al más rubito.

—Ya sabéis lo que os espera si no os rendís —dice Sánchez.

Y allá que te va el muchacho, corriendo trinchera adelante, hacia los suyos. Cagadito hasta las orejas pero intacto, sin mácula, que se vea que tienen una oportunidad, que somos piadosos. Corriendo, tropezando, de vuelta, con la carita llena de lágrimas, lanzando entre susurros unos hipos desgarradores, que a todos se nos encoge el corazón solo de verlo.



## El triángulo

María no me perdona haber perdido las manos. Ella me sigue poniendo todas las mañanas el café con leche en la taza grande, y luego me lo va dando cucharita a cucharita. Hasta la última, en que rebaña bien a fondo los granos de azúcar que no se han disuelto, que es como más me gusta.

—Tenemos que comer y hay muchas escaleras que fregar. Y con esa mierda de sueldo que te pasan no nos llega —me dice.

Yo retiro los brazos y los pongo bajo la mesa, luego me levanto y miro al patio desde los cristales de la cocina.

—Tienes razón.

—Con la razón no se come.

Y se da la vuelta y se pone a fregar los cuatro cacharros.

Cuando empezó la guerra yo tocaba mi violín en la Filarmónica. Al poco, tras ensayar un día la Tercera de Beethoven me pudo el entusiasmo y corrí a alistarme. Luego me fui a hablar con don Anselmo, nuestro director.

—Por mí, puedes hacer lo que quieras. Es más, si yo tuviera tu edad igual te acompañaba.

Luego se lo dije a María y se puso muy triste. Pero me miró a los ojos y me dio dos besos en cada mejilla.

—Ten cuidado que no te maten, y si te matan, que sea en el bando vencedor.

Volví sin matar a nadie, pero en el bando de los que perdieron. Estando en plena instrucción me estalló un obús en malas condiciones y tuvieron que amputarme las dos manos. Afortunadamente las hostilidades no duraron más que mi convalencia y coincidieron con mi regreso a casa. María, que no me había visto desde antes del accidente, se alegró mucho, y

aunque para sobrevivir, ella había tenido que vender mis dos violines, quedamos en que había sido lo mejor.

—¿Ves cómo tenía razón? Si te hubieran volado las manos en el bando vencedor ahora cobraríamos tu invalidez tan ricamente, y hasta nos hubieran puesto un estanco.

Enseguida nos fuimos a la orquesta y allí don Anselmo nos habló de la poca solución que había.

—No te quiero mentir —me dijo— porque siempre fuiste un buen gregario y un buen trabajador, y te tengo afecto, pero lo tuyo tiene poca solución. Se me ocurre que, con una pequeña chapuza, quizá pudieras hacerte con el triángulo. Ten en cuenta que con esto de la guerra ha habido muchas bajas, sobre todo en el bando de la percusión.

Luego le preguntó a María si ella, que había sido modista, guardaba en casa un maniquí. Quedaron en que serrándole las dos manos y pegándomelas a los muñones con esparadrapo se arreglaba bastante bien lo del instrumento.

—Además —añadió María—, bajo las mangas del traje se disimularían muy bien.

A mi me pareció de perlas, pero les dije que no había muchas obras con triángulo en el repertorio y que si el sueldo repercutía en la cantidad de conciertos que uno hiciera, la verdad es que cobraría muy poco.

—Tienes toda la razón, hijo —dijo don Anselmo—, y estoy pensando en si pudieras compaginarlo con el coro.

—Pero yo tengo muy poca voz.

—Eso no ha de importarte. Como si fueras tú el primero que han enchufado sin saber cantar. Tú a hacer bulto, que es lo que has hecho siempre.

—Bueno.

—Y si hablo con el patronato igual te podemos sacar un pequeño fijo al mes —dijo Don Anselmo mirando a mi mujer.

No sé qué pasa con los que carecemos de manos que la gente no nos mira a la cara. Es como si les diera vergüenza. El del bombo, por ejemplo, que también maneja el xilófono y el gong, cada vez que me pide paso, baja la cabeza. Hasta los avisadores y los utileros, cuando traen las partituras o colocan los instrumentos, lo hacen como con inhibición, como pidiendo disculpas. No es la primera vez que a causa de esa timidez me han colocado la partitura boca abajo.

A María le hizo mucha ilusión mi nuevo oficio y cada vez que había que tocar el triángulo venía a verme, tan vestido de gala y tan guapo. Se sentaba en la última fila del lateral y cuando me llegaba el turno de intervenir la miraba con el rabillo del ojo, y veía cómo se encogía en la butaca de pura emoción.

—Has llorado.

—Sí.

—Pero antes, cuando tocaba en el *tutti*, no te emocionabas.

—No, antes no, es verdad. Entre tanto violín. Pero es que ahora eres solista...

Fue una época feliz. Sobre todo porque cuando se acaban las guerras el repertorio se llena de muchas cosas para banda, mucha marcha y mucha mazurca. Todo muy alegre, que hace que la gente salga feliz y se olvide pronto de los muertos y de las desgracias y de la pobreza. Y a uno le da mucho contento cuando ves salir a la gente silbando y sonriendo, a sabiendas que en casa les esperan las mismas lentejas de todos los días.

Luego la cosa cambia y, con el asentamiento de la paz, los conciertos se van llenando de obras tristes, llenas de violines y adagios. Y la gente se ve que come otras cosas, que hay más variedad, porque ya no silba como antes ni le cede el asiento a las embarazadas cuando van en el metro.

—Ya no vienes a los estrenos —le digo a María mientras miro desde los cristales de la cocina al patio.

La escucho fregar los cuatro cacharros, secarse en un paño y salir al pasillo. Luego me trae el frac y me ayuda a ponérmelo. Yo le intento abrazar y le digo al oído:

—Podríamos tener un chaval.

Y se encoge de hombros y hace como si no llorase.

—Primero ahorramos para tu operación. Ya verás cuando te pongan las manos de látex. Dicen que moverás un poco los dedos.

Salimos al recibidor y María coge del perchero mis viejas manos de maniquí, que cuelgan de sus arneses, y me las pone. Yo ya no tengo dificultad con el abrigo, pero a ella le gusta abrocharme los botones, como si aún fuera un niño pequeño. Se pone de puntillas, me da un beso en la mejilla y me dice:

—Vamos, que te acompaño a la escalera.